

buscar á los pasajeros, casi lloraria uno por aquel rincon del mundo sin nombre, donde no ha hecho mas que estirar algunas horas sus miembros embotados. Muchas veces he experimentado ese amor innato del hombre á un abrigo cualquiera, solitario, desconocido, en una playa desierta.

Pero aquí experimento dos cosas contrarias, una dulce, otra penosa. Primeramente, ese placer que acabo de pintar de tener el pie firme sobre el suelo, una cama que no se cae, un piso que no le hace á uno bambolearse de una pared á otra, mucho espacio libre por donde andar cuanto uno quiera, grandes ventanas cerradas ó abiertas á voluntad de uno, sin miedo de que las asalte la espuma; las delicias de oír al viento circular entre las cortinas sin inclinarse la casa, sin resonar las velas, sin temblar los palos, sin hacer correr á los marineros por el puente con el ruido atronador de sus pisadas; — mas aun, experimento el placer de tener amistosas comunicaciones con Europa, viajeros, comerciantes, periódicos, libros, todo lo que pone al hombre en comunión de ideas y de vida con el hombre, — esa participación al movimiento general de las cosas y del pensamiento, de que estamos privados hace tanto tiempo. Y mas aun que todo esto, tengo la hospitalidad amabilísima, mejor

diré la amistad de nuestro excelente huesped, M. Truqui, que parece tan contento con colmarnos de atenciones y agasajos como nosotros con recibir las muestras de su cordial afecto. ¡Excelente hombre! hombre raro, cual no he hallado tal vez en mi larga vida de viajero! Su memoria me será dulce mientras me acuerde de estos años de peregrinación, y mi pensamiento le seguirá siempre á las costas de Asia ó de Africa donde la fortuna le condena á acabar sus días.

.....

La misma fecha.

— Pero cuando se han saboreado, como instintivamente, estas primeras delicias del regreso á tierra, está uno tentado muchas veces de echar de menos la inseguridad y la agitación perpetuas de la vida marina. En ella á lo menos, el pensamiento no tiene tiempo para replegarse en sí mismo y sondear los abismos de tristeza que ha abierto la muerte en nuestro pecho! Siempre mora en él el dolor, es cierto, pero á cada instante le aligera algun nuevo pensamiento; el ruido, el movimiento que á uno le cercan; el aspecto siempre cambiante del buque y del mar; las olas que se hinchan ó se aplanan: el viento

que se muda, que arrecia ó se calma; las velas de la nave que es preciso orientar veinte veces al día; el espectáculo de las faenas en que es preciso á veces tomar parte uno mismo en los temporales; los mil accidentes de un día ó de una noche de tempestad; el vaiven, las velas que se lleva el huracan, los muebles rotos que ruedan por los entrepuentes; los golpes sordos, irregulares del mar en los frágiles costados del camarote donde en vano quiere uno dormir; los precipitados pasos de los marineros de guardia, que corren de uno á otro bordo; el lastimero piar de los pollós, á quienes la espuma inunda en sus jaulas atadas al pie del palo mayor; el canto de los gallos, que ven los primeros la aurora, al fin de una noche de tinieblas y de borrascas; el silbido de la corredera de la guíndola que se echa para medir el camino andado; el aspecto extraño, desconocido, vano, agreste ó gracioso de una costa que no se sospechaba la vispera y que se sigue al rayar el día midiendo las alturas de sus montañas ó designando con el dedo sus ciudades y sus aldeas, brillantes como montones de nieve entre grupos de pinabetes,— todo esto le roba un poco mas ó menos de su afliccion á nuestra alma, alivia un poco el corazón, deja evaporar parte del dolor, acalla la tristeza mientras dura el viage; todo ese dolor ago-

via con todo su peso el alma, apenas ha puesto uno el pie en la orilla, y apenas el sueño, en un lecho tranquilo, vuelve al hombre á la intensidad de sus impresiones. El corazón, no distraído ya por objetos exteriores, se halla cara á cara con sus sentimientos mutilados, sus ideas de desesperacion, su porvenir perdido! No sabe uno como soportará la vida antigua, la vida monótona, la vida vana de las ciudades y de la sociedad. Esto es lo que yo esperimento, hasta el punto de desear ahora una eterna navegacion, un viage sin fin, con todos sus azares y sus distracciones aun las mas penosas. ¡Ah! es porque leo en los ojos de mi muger, mas aun que en mi corazón. El dolor de un hombre es nada en comparacion del de una muger, de una madre; una muger vive y muere con un solo pensamiento, para un sentimiento solo; la vida para una muger, es una cosa poseida; la muerte, es una cosa perdida! Un hombre vive de todo, bien ó mal; Dios no le mata de un solo golpe.

.....

24 de mayo 185

Me he rodeado de periódicos y de folletos recién llegados de Europa y que me prodiga la

bondad de los embajadores de Francia y de Austria. Despues de haber leído todo el día, me confirmo en las ideas con que salí de Europa : veo que los hechos marchan enteramente en el sentido de las previsiones políticas que la analogía histórica y filosófica permite asignar al camino de las cosas en este hermoso siglo. La Francia agitada se sosiega, la Europa inquieta, pero tímida, mira con celos y odio, pero no se atreve á impedir ; conoce por instinto, y este instinto es profético, que perderia acaso el equilibrio haciendo un movimiento. Nunca he creído en la guerra de resultas de la revolucion de julio ; hubiera sido preciso que la Francia estuviese entregada á consejos insensatos para atacar, y no atacando la Francia, la Europa no podia ir desacordadamente á arrojarle en unfoco revolucionario, donde se quema todo el que quiere sofocarlo. El gobierno de julio habia merecido bien de la Francia y de la Europa por el solo hecho de haber sofrenado el ciego é impaciente ardor del espíritu belicoso en Francia, despues de los tres dias ¹. La Europa y la Francia eran igualmente perdidas : — no temiamos ejércitos, ni espíritu público, porque no le hay sin unanimidad ; la

¹ Sabido es que *tres dias* duró la revolucion de julio, el 27, el 28 y el 29. — N. del T.

guerra estrangera hubiera acarreado inmediatamente la guerra civil en el mediodia y el oeste de la Francia y por consiguiente la persecucion y el despojo en todas partes : el gobierno no hubiera podido sostenerse en París con el impulso revolucionario del centro ; mientras que flacos ejércitos improvisados por un patriotismo sin guia y sin freno se hubieran hecho devorar en nuestras fronteras del este, el medio hasta Leon hubiera enarholado la bandera blanca, y el oeste hasta el Loira hubiera reconstituido las guerillas vandeanas ; las poblaciones fabriles de Leon, Ruan, París, exasperadas por la miseria en que las habria sumergido la suspension del trabajo, habrian hecho esplosion en el centro y precipitándose en indisciplinadas muchedumbres sobre París y las fronteras, eligiéndose caudillos de un dia é imponiéndoles sus caprichos por planes de campaña. La propiedad, el comercio, la industria, el crédito, todo hubiera perecido á la vez ; se hubiera necesitado recurrir á la violencia para obtener empréstitos y contribuciones. Escondido el oro, muerto el crédito, la desesperacion habria impulsado á la resistencia, y la resistencia á la espoliacion, al asesinato y á los suplicios populares ; una vez puesto el pie en la senda de la sangre, no habia mas salida posible que la anarquía, la dictadura y la desmembracion. To-

do esto ademas se hubiera complicado con movimientos inesperados y espontáneos de algunas partes de Europa. España, Italia, Polonia, riberas del Rin, Bélgica, todo hubiera ardidido al mismo tiempo ó sucesivamente; la Europa entera se habria visto arrastrada en una fluctuacion de insurrecciones, de compresiones, que á cada instante habrian cambiado el aspecto de las cosas. Hubiéramos entrado, mal preparados, en una nueva guerra de treinta años. El genio de la civilizacion no lo ha querido; ha sucedido lo que debia suceder. No se peleará hasta despues de haberse preparado al combate, hasta despues de haberse reconocido, de haberse contado, de haberse puesto en orden de batalla; la lucha será regular, y tendrá un resultado previsto y seguro; no será un combate nocturno.

De lejos se ven mejor las cosas porque los por menores no ofuscan la vista, y los objetos se presentan en grandes masas principales. Esta es la razon porque los profetas y los oráculos vivian solos y lejos del mundo; — eran verdaderos filósofos que estudiaban las cosas en su conjunto y cuyo juicio no turbaban las mezquinas pasiones del dia. Es preciso que un hombre político se aleje con frecuencia de la escena en que se representa el drama de su tiempo, si quiere juzgarle y prever su desenlace. Predecir es impo-

sible, la prediccion no pertenece mas que á Dios, pero prever es posible; la prevision le pertenece al hombre.

Muchas veces me pregunto en qué parará ese gran movimiento de las cabezas y de los hechos que, emanado de Francia, agita al mundo y arrastra de grado ó por fuerza todas las cosas en su torbellino. Yo no soy de los que no ven en ese movimiento mas que el movimiento mismo, es decir, el tumulto y el desorden de las ideas, que creen al mundo moral y político en aquellas convulsiones finales que preceden á la muerte y la descomposicion. Este es evidentemente un movimiento doble de descomposicion y de organizacion juntamente; el espíritu creador trabaja á medida que destruye el espíritu destructor; una fé, en todo, reemplaza á la otra; una forma se sustituye á otra forma; dó quiera que lo pasado se desmorona, el porvenir ya preparado aparece detras de las ruinas; la transicion es lenta y ardua como toda transicion, en que las pasiones y los intereses de los hombres tienen que combatir marchando; en que las clases sociales, en que las naciones diversas caminan con paso desigual, en que algunos quieren retroceder obstinadamente mientras que la mayoría avanza; hay confusion, polvo, ruinas, oscuridad á veces; pero de cuando en cuando tambien, el

viento levanta esa nube de polvo que esconde el camino y la meta, y los que están sobre la altura distinguen la marcha de las columnas, reconocen el terreno del porvenir, y ven el sol recién salido iluminar vastos horizontes. Continuamente oigo decir, y aun aquí mismo se dice: « Los hombres ya no tienen creencias; todo está entregado á la razon individual; ya no hay fé comun en nada, ni en religion, ni en política, ni en sociabilidad. Las creencias, una fe comun, son el resorte de las naciones; roto este resorte, todo se descompone; no hay mas que un medio de salvar á los pueblos, que es volverles sus creencias. » Volver creencias, resucitar dogmas populares muertos en la conciencia de los pueblos, rehacer lo que ha deshecho el tiempo, es una pretension insensata, es querer luchar contra la naturaleza y contra la índole de las cosas; es caminar en sentido inverso de la Providencia y de los hechos que son las huellas de sus pisadas; — no se puede llegar á un fin como no sea caminando en el sentido en que Dios conduce los sucesos y las ideas; la corriente del tiempo jamas retrocede; puede uno dirigirse y dirigir al mundo por su indomable corriente; no es posible pararse ni hacerla ir hácia atras. Pero ¿es cierto en efecto que ya no hay ni luz en la inteligencia del hombre, ni creencia comun en el es-

píritu de los pueblos, ni fé íntima é insignificante en la conciencia del linage humano? Palabras son estas que todos respetan sin haberlas sondeado, y que no tienen ningun sentido. Si el mundo no tuviera ya ni idea comun, ni fé, ni creencia, el mundo no se agitaria tanto; nada no produce nada, *mens agitat molem*. Hay, por el contrario, una inmensa conviccion, una fé fanática; una esperanza confusa, pero indefinida; un ardiente amor; un símbolo comun, aunque no redactado todavía, que impulsa, agita, atrae, condensa, hace gravitar juntas todas las inteligencias, todas las conciencias, todas las fuerzas morales de esta época: — esas revoluciones, esas sacudidas, esas caidas de imperios, esos movimientos repetidos y gigantescos de todos los miembros de la antigua Europa; esos estruendos ecos en América y en Asia; ese impulso no reflexionado é irresistible que imprime, á despecho de las voluntades individuales, tanta agitacion y concierto á las fuerzas colectivas, todo eso no es un efecto sin causa; todo eso tiene un sentido, un sentido profundo y oculto, pero evidente para los ojos del filósofo. Ese sentido es cabalmente lo que el vulgo se queja de haber perdido, es lo que niega en el mundo de hoy; es una idea comun, es una conviccion, es una ley social; es una verdad que, introducida involun-

tariamente en todas las cabezas, y, aun sin saberlo ellas, en el espíritu de las masas, trabaja por producirse en los hechos con la fuerza de una verdad divina, es decir, con una fuerza invencible. Esa fé es la razon general; la palabra es su órgano; la imprenta es su apóstol; se difunde sobre el mundo con la infalibilidad y la intensidad de una religion nueva; quiere rehacer á su imagen las religiones, las civilizaciones, las sociedades, las legislaciones imperfectas ó alteradas por los errores y la ignorancia de las tenebrosas edades que han atravesado; quiere volver á sentar, en religion, — Dios uno y perfecto por dogma, la moral eterna por símbolo, la adoracion y la caridad por culto; — en política, la humanidad encima de las nacionalidades; — en legislacion, el hombre igual al hombre, el hombre hermano del hombre, la sociedad como un trueque fraternal de servicios y de deberes recíprocos, regularizados y garantidos por la ley; el cristianismo legislado! ¹.

Esto quiere y esto hace — ¡ que nos vengan todavía diciendo que no hay creencias, que no hay fé comun en los hombres de este siglo! Desde el

¹ *Legislaté*, voz que no es francesa, y que hemos traducido con otra que tampoco es castellana, pero que expresa exactamente la idea del autor. — N. del T.

establecimiento del cristianismo, jamas obra tan grande se ha consumado en el mundo con tan flacos medios. Una cruz y una imprenta, hé aqui los dos instrumentos de los dos mas grandes movimientos civilizadores del mundo.

.....

25 de mayo.

Esta noche, á la luz de una espléndida luna que se reverberaba en el mar de Mármara y hasta en las moradas lineas de las nieves eternas del monte Olimpo, me he sentado solo bajo los cipreses de la escala de los Muertos. Estos cipreses, que dan sombra á las innumerables sepulturas de los musulmanes, bajan desde las alturas de Pera hasta las orillas del mar, y estan cortados por algunos senderos mas ó menos rápidos que suben del puerto de Constantinopla á la mezquita de los dervis *giradores*. Nadie pasaba por allí á aquella hora, y hubiera podido creermé á cien leguas de una gran ciudad, si los mil rumores de la noche, traídos por el viento, no hubieran venido á morir en las trémulas ramas de los cipreses. Todos aquellos rumores, algo apagados ya por lo avanzado de la hora, — cantos de los marineros en los buques, batir de los